

1º edición del concurso
"Grandes Autores, Relatos Cortos"
- Ganadores -

1er premio: *El Bueno*

Carlos Héctor Giovanelli

Los viejos, vestidos de riguroso negro (salvo por las camisas blanquísimas), habían sacado ya sus sillas bajitas a la puerta de sus casas albas y parecían mirar el paso de la vida. Minuciosamente inmóviles en sus asientos, callados pero observadores, se entretenían viendo a unos jóvenes que jugaban a las cartas y bebían Campari con hielo triturado en la vereda del bar, bajo el sol impiadoso de Ragusa.

Tottò Bagarella de flamantes 20 años no era de los que compartían el juego. En su mesa solitaria dejaba que su Campari se fuese aguando mientras leía, con la atención propia de aquellos a quienes les ha costado mucho, el *Giornale di Sicilia*. Desde hacía semanas venía siguiendo las notas que hablaban sobre él, su actor favorito, su héroe de celuloide.

Había visto todas sus películas, algunas varias veces; le había escrito a América, en italiano, claro, y aunque no había obtenido respuesta, cada día era más devoto de ese actor.

Tottò trataba de imitar sus gestos y hasta ensayaba frente al espejo de su humilde cuarto, una jerigonza que le sonaba similar a su inglés. Quería ser alto como él, seguro como él.

Dos semanas atrás, el *Giornale* había publicado un recuadro diciendo que había rumores sobre el posible rodaje de una nueva película en Europa. Unos días después, el suplemento de espectáculos arriesgaba que pronto llegaría a Italia, que tal vez filmaría en Cinecitta. Y Tottò hacía fuerza en su intimidad para que fuese cierto.

El calor arreciaba. Quiso beber, y sosteniendo el periódico con su mano izquierda, tomó con la diestra su vaso transpirado, justo en el momento en el que vio el aviso. El vaso se deslizó por sus dedos temblorosos y sólo sus buenos reflejos para cerrar las piernas consiguieron que no llegase al piso, aunque el fresco líquido rojizo le empapó el pantalón desde el pubis casi hasta las rodillas. Los jóvenes jugadores de la mesa vecina estallaron en risas. Y hasta a los viejos imperturbables, estampados sobre las paredes blancas, se les dibujó en los rostros un gesto burlón.

Tottò dejó el vaso sobre la mesa, se sacudió la mano mojada sin dejar de mirar el aviso, como si nada hubiese sucedido. “Se buscan extras para superproducción”.

La solicitud confirmaba que él volvía a rodar en Europa con el mismo director y que la productora necesitaba doscientos extras para escenas bélicas. Los interesados debían presentarse dentro de dos semanas en Cinecitta para un *casting*.

Dos semanas era muy poco tiempo para juntar el dinero para semejante viaje. Primero debía tomar el ómnibus hasta Palermo, luego el Ferry para cruzar al continente (era mejor ir a Nápoles), luego el tren hasta Roma. Y en Roma ¿cómo encontraría Cinecitta?

Eso sin contar la comida para el trayecto. Claro, dormiría en el Ferry y en el tren, y una vez en Roma, ya vería. Pero en la panadería podrían negarle el permiso para emprender un viaje, cuyo objetivo Don Umberto consideraría tan ridículo: "estrecharle la mano a un actor americano, habiendo tantas glorias locales", le parecía escucharlo por anticipado.

Y perder el empleo no era algo que podía permitirse. Tottò necesitaba las liras que cada semana llevaba a la casa.

Por eso lo primero, después de contarle a su madre, debía ser conseguir el permiso de Don Umberto.

Doña Anna vestida con largas faldas y pañuelo negros cubriéndole la cabeza y un delantal blanco, dejó de cocinar y lo observó con ternura cuando Tottò torpe y precipitadamente le contó que él venía a Italia, que era su oportunidad para conocerlo, para tener una fotografía juntos, que si ella le daba su consentimiento le prometía rogarle a Don Umberto que le guardase el puesto en la panadería, que le ofrecería trabajar también de día, ayudando en el despacho al público. Haré lo que él quiera, *mama*...

Su madre lo besó en ambas mejillas y sonriendo, colocó un banquito de madera cerca de uno de los aparadores en los que hacía descansar sus mermeladas caseras, subió con cuidado y tomó uno de los frascos del estante superior. De allí sacó un rollo de dinero y lo puso en sus manos.

Pero *mama*, estas son las liras que usted guarda para el fin de año, protestó Tottò. Doña Anna envolvió con sus manos las de su hijo. A veces las fiestas llegan más temprano, le dijo, y dio por terminada la conversación.

Esa noche Tottò llegó temprano a la panadería. Don Umberto, planeando la producción, enteramente vestido de blanco, lo saludó con un gruñido. Vaya a cambiarse, le dijo, y venga a ayudarme con los números ya que llegó temprano.

Tottò temblaba mientras se ponía los pantalones y la chaqueta y se calzaba las alpargatas y el birrete blancos.

¿Así que se quiere ir a Roma a trabajar en una cinta?, le espetó el panadero apenas volvió a la cuadra. Tottò se puso rojo e intentó balbucear. Yo, Don Umberto... Usted se calla la boca y hágame caso: vaya a Cinecittà, véalo a ese hombre, pero no se entusiasme con el cinematógrafo. Y antes de tomarse el ómnibus para Palermo pase a buscar algunas cosas que le va a preparar Gigliola. Se las come todas ¿me entendió? Y cuando se le terminen, será tiempo de volver, que mi hija no va a estar esperando a que usted se convierta en una estrella. Y ahora, calcúleme las cantidades que vamos a producir esta noche. Y que no se le vaya la mano con la sal.

Tottò estaba mudo por la emoción. Don Umberto le habilitaba el permiso y, sin tener que pasar por el tormento de pedir la mano de Gigliola, se la estaba otorgando.

Eso sí, volvió la voz del panadero, trate de conseguirme una foto de la Loren. Dedicada.

El día indicado en el aviso del *Gironale di Sicilia* bajó del tren en Roma *Termini* y preguntó por el Metro A, que lo conduciría hasta Cinecittà. Mal dormido y con la barba crecida, cargaba la bolsa de alimentos amorosamente preparados por Gigliola y, dentro de la misma, otra pequeña, donde guardaba una muda y una camisa limpias. En los locales de venta de periódicos y revistas, las fotografías del actor americano se multiplicaban y eso le daba fuerzas. Lo voy a ver, tal vez nos hagamos amigos.

La entrada de los estudios lo hizo temblar ¡Era realmente la ciudad de los sueños! Sin embargo, no sabía por dónde ingresar, no veía lo que esperaba que fuese una larga fila de candidatos aguardando su turno para el *casting*.

En la puerta central, apretada entre importantes entradas para autos, encontró a un portero uniformado y le preguntó por el lugar donde debían presentarse los extras para el filme del americano. El hombre se emocionó al escucharlo ¿Siciliano?, le preguntó ¿De Siracusa?, insistió. De Ragusa, respondió Tottò. Igual somos paisanos, sonrió el portero. Después le pasó un brazo por los hombros y le dijo: Paisano, parece que los extras son para las escenas que van a filmar en España. Los españoles están dispuestos a trabajar por monedas. Así se van a quedar con nuestra industria.

A Tottò se le demudó el rostro y sintió que estaba a punto de llorar. Yo sólo quería verlo a él. Trabajo tengo, en el pueblo.

Él está aquí, con el director. Están haciendo una reunión de pre producción y la primera prueba de vestuarios y bocetos de escenografías. A ver, a ver, murmuró el portero mientras miraba ansiosamente hacia el interior.

¡Ey, Peppino, aquí! – llamó a alguien que resultó ser un asistente. Aquí mi paisano quiere tratar de ver al americano que está con Don Sergio ¿Podemos hacer algo por un buen siciliano?

Peppino le estrechó la mano y la hizo señas de que lo siguiera. Casi corría y Tottò tuvo que apurar el paso para seguirlo. Caminaron más de trescientos metros entre edificios romanos, templos griegos, estatuas, pirámides, trozos de ciudades con sus tranvías... y entraron en un edificio. Vamos, le dijo Peppino, ponte el traje de soldado que mejor te quede y entra en el estudio con naturalidad. Alguien te dirá qué hacer y ojalá que tengas suerte y puedas verlo. Y lo dejó solo en el vestuario.

Tottò se vistió de soldado sureño de la Guerra de Secesión y dejó el vestuario dirigiéndose hacia las luces brillantes.

Vio a los vestuaristas que le mostraban dibujos a quien parecía ser un asistente del director. De vez en cuando, pasaban frente a ellos personajes vestidos con ropas de la época en que se situaría la película. También vio inmensos bocetos de las locaciones que estaban seleccionando y varios camarógrafos con equipos portátiles observando, ensayando tomas. Le llamó la atención uno gordo, cuya papada competía en importancia con su panza, que portando grandes anteojos parecía el más entusiasta mirando a través de su cámara.

El *camerino* más importante era fácil de identificar por la estrella dorada en la puerta. Estaba cerrado.

Tottò siguió recorriendo el estudio tratando de pasar desapercibido. Debería esperar su oportunidad, verlo salir y correr hacia él. Después no tenía muy claro qué hacer o qué intentar más que soñar con cabalgar juntos.

De pronto el puño de la puerta del *camerino* estelar se movió y por la pequeña abertura que empezaba a dibujarse, apareció una luz. Tottò sintió que ése era el momento. Corrió en dirección al lugar de donde salía la figura enorme, esbelta y recia de Clint Eastwood, con su inconfundible sombrero de copa chata y ala lisa, un chaleco de cordero con la lana hacia adentro y su poncho; su invaluable poncho con el que tanto soñara Tottò.

En ese momento sintió que lo tomaban de ambos brazos, mientras que un asistente le explicaba que ya habían visto la ropa de soldado sureño, que ahora iban a trabajar sobre el vestuario del señor Eastwood. Gracias, pero ahora vístete y vete, que tenemos mucho que trabajar.

Tottò estaba a diez metros de su ídolo, pero los asistentes lo invitaban, ya no tan amables, a retirarse del estudio.

Aturdido, Tottò comenzó a caminar hacia un gigantesco boceto escenográfico de un campo sobre el que parecía haberse desarrollado una batalla. Buscaba por

dónde salir, sin querer salir. Anduvo a los tropezones, perdido en un mundo de cartón y fantasía, con la cabeza gacha, y a veces buscando la mirada de Clint.

Fue entonces cuando Eastwood lo vio. Dio una mínima pitada a su cigarro, escupió ostentosamente y llevándose los dedos índice y mayor hasta el ala del sombrero, lo saludó.

Tottò lloró en el vestuario, en el metro, en el tren a Nápoles y recién pudo dormirse en el Ferry que lo llevó a Palermo, para volver a lagrimear – mezcla de emoción y tristeza – en el ómnibus que lo devolvió a Ragusa.

Hacia fines de aquel año de 1966, un par de días antes de Navidad, Tottò fue con Gigliola al cine del pueblo, donde por fin estrenaban "*Il buono, Il brutto, il cattivo*". Y recién cuando la vio, supo que Sergio Leone había filmado una estremecedora escena de un soldado sureño vagando aturdido, con la cabeza gacha, tambaleante, indeciso, como buscando una salida, por un campo de batalla devastado. Y se reconoció.*

**La versión de "El bueno, el feo y el malo" que se difundió por todo el mundo tiene una duración de 150 minutos. Es posible encontrar en manos de algunos coleccionistas europeos la versión de 180 minutos en la que Leone resuelve algunas pequeñas inconsistencias de la versión comercializada. Algunos expertos en la filmografía de Maestro aseguran que la famosa escena "perdida" del soldado sureño devastado por el drama de la batalla, fue tomada personalmente por el director, pero los productores norteamericanos se opusieron a incluirla en la versión comercial, ya que temían que un ojo experto pudiera descubrir que la misma no había sido tomada en Almería sino en estudio, probablemente en Cinecitta.*

*Fragmento de la nota publicada en **Cahiers du Cinéma** en noviembre de 1998, por el crítico, historiador y semiólogo italiano, Carlo Giovanelli.*

2er premio: El viaje de vuelta

Francisco Mario Scurk

A medida que el Acceso Oeste se va acercando a Luján, el entorno se vuelve despoblado. La vieja F-100 avanza con resignación. Viene sufriendo su propio desgaste y el calor de un verano agobiante. Es el momento de desviar para la ruta 5. Al subir el puente que hace de empalme, el motor naftero lanza un ronquido doloroso. Quiere demostrar el esfuerzo que está haciendo. El conductor con un: no me podés fallar ahora, trata de conmover a su amiga la camioneta.

Mira para atrás. A la caja. El Gringo también se puso serio. Está acostado, al lado de lo que le ordenaron cuidar. Para demostrar que entendió la consigna, permanece con una de sus patas peludas apoyada sobre el envoltorio. El chofer se reconforta: buen perro. Recuerda que le pusieron Gringo porque ella siempre pensó que era extranjero. El, sigue convencido que es un puro perro.

Apenas comienza la ruta se empiezan a alinear los restaurantes de campo. Nunca pudo llevarla a uno de esos. Pronto llega Mercedes. Mira el pueblo desde la cabina con cierta nostalgia y una sonrisa triste. Ahí vivió de pibe con unos tíos, cuando pensaba hacer la secundaria. La muerte del tío obligó a la tía a devolverlo al campo. Y a sus padres.

Suipacha. Empiezan los sembradíos. La soja, el trigo, la cebada. Falta poco para Chivilcoy. Mira el tablero. Será necesario cargar nafta. Hay varias opciones. Piensa que la mejor, es la estación del Automóvil Club. Es vieja, no tiene bar y para poca gente. La entrada es de ripio. Las gastadas cubiertas apenas esbozan un chirrido. Elige la primera isla. Un veterano, de uniforme azul, se acerca con paso cansino. Él ya tiene la tapa del tanque en la mano. ¿Lleno? Doscientos, y muestra los dos billetes. Está seguro que con eso alcanza ¿Socio? No. Se siente casi molesto por esa conversación que considera necesaria, pero no deseada.

En la otra isla, se acomoda una combi. Baján varios jóvenes. El veterano termina y mientras va para la otra isla, como de mala gana, indica, tiene que pagar adentro. Él va para la oficina. Mira de reojo a los recién llegados. Un par se acercan a la F-100. Uno de ellos alarga la mano por sobre el borde de la caja de la camioneta. Él se para. Se tensa. El Gringo les muestra los dientes y los pibes, se alejan rezongando. Entonces paga. Cuando sale, ve al veterano charlando con los de la combi. Que ni sueñe con una propina. Controla el tránsito y vuelve a la ruta. Hace rato que pasó el medio día. El pavimento es una sartén dispuesta a freír a cualquier bicho que se anime a pisarlo.

Antes de llegar a Bragado, cruza el Salado. No está muy crecido. Un grupo de flamencos rosados deambula por el agua. Buscan alimento arrastrando el pico por el fondo del río. Allí, con flamencos parecidos, quizás con alguno de esos mismos, piensa, se sacó una foto con ella. Fue en el primer viaje. El que hicieron cuando se fueron a radicar a El Palomar. Esa foto estuvo, por mucho tiempo, enganchada en el marco del espejo del dormitorio.

Repasa la historia. Estaba viviendo en una Villa. No quería llevarla allí. Su patrón lo ayudó a alquilar una pieza en Morón. Entonces sí, la fue a buscar. Con esa misma camioneta. En ese entonces, prestada por el dueño de la Empresa. No tardó mucho en comprársela. Se la pagó, con trabajo.

Conduce, como siempre, con precaución. Sin embargo, en la caminera de la Siderúrgica de Bragado, un policía, se acerca a la ruta y le hace señas para que se detenga. La angustia le sacude el cuerpo. Baja la ventanilla. Recibe el mensaje debe circular con las luces bajas encendidas. Un respetuoso Sí señor. Prende las luces y sigue. Se olvidó de prenderlas cuando terminó de cargar nafta.

Después de Bragado, 9 de Julio. Al rato, Carlos Casares. Soja, trigo, cebada, algo de maíz. Molinos, tanques australianos, alambrados y caminos provinciales de tierra. Algo de ganado y una ruta que necesita mucho mantenimiento. A su derecha, se alcanzan a ver las vías semi abandonadas, de un tren que se resiste a pasar.

Son lugares que empieza a reconocer. Pronto llega al desvío. El que va a Pedro Gamen, Partido de Pehuajó. Toma la huella con cuidado. Los amortiguadores se quejan cada vez que agarra un pozo. Durante casi veinte kilómetros irá levantando en el aire, grandes globos marrones de polvo.

Ni pasa por su pequeño pueblo. Va en busca del arroyo. Donde se conocieron. Del que supieron el nombre, sólo después que se fueron, gracias a un fortuito mapa: Arroyo del Moro.

No necesita buscar mucho. El lugar lo tiene grabado en la memoria. La curvita, después del bosquecito de talas. Ahí era donde ella iba a mojarse los pies en los días de verano. Ahí se besaron por primera vez. Ahí fueron mil veces a quererse.

A ese arroyo le prometió que volverían juntos cuando ella se enfermó. Primero el Posadas. Después, otros hospitales, otros médicos. Y siempre lo mismo: está muy grave. Ella, le pedía volver a Gamen, donde fueron más felices que en esta ciudad. Esta ciudad que no los quiere.

Cuando esto terminara, volverían. Ahora, está cumpliendo la promesa.

Detiene la camioneta a la entrada de la arboleda. Baja. Con toda la delicadeza que es capaz, casi con religiosidad, la levanta.

Camina como llevando una ofrenda, hasta la orilla del arroyo. Una vez en el suelo, se arrodilla a su lado. Comienza una larga conversación. El Gringo, entre asustado y respetuoso, permanece alejado. Pero atento. Las sombras del anochecer van ganando el lugar.

El sonido del disparo se desparrama por todos los campos vecinos.

Una bandada de torcazas asustadas, levanta vuelo.

El Gringo se acerca lentamente. No recibió ninguna consigna. Pero, sabe lo que debe hacer. Coloca su pata peluda sobre el pecho de él y apoya la cabeza sobre el hombro de ella.

3er premio: La duda

Gloria María Isabel Nieva

Donde lo verdadero era ausente, utópico, deseaba no ser lo que había elegido ser. Ni Einstein, ni Russell podían acompañarlo. El cigarrillo y el silencio de la noche lo abrazaban. Volcado sobre el papel. Atormentado por el desorden. Deshojaba símbolos.

Dejó el lápiz, los apuntes. Se sirvió un vino para ahogar las deltas, las gamas, todo el alfabeto griego. Bebió, hasta dormirse vencido por la ecuación, que se resistía a nacer.

Los sueños, fantasmas de obsesiones cotidianas no tardaron en aparecer. Una letra alfa, que escapada de un término, se introducía en otro y en otro, los violaba. Se escucharon gritos desde los productos. Eran los factores que corrían desaforados. "No más enésima, no más raíces" y avanzaban sobre el sumatoria. Los intervalos se unieron para defenderse del caos y alfa envuelta en su omnipotencia decía "Sígueme".

"Ya no soy igual" agonizaba el igual y comenzaron las llamas como en Alejandría. Ni reyes, ni plebeyos, sólo ruinas de una ecuación mal habida humeaban en el papel sobre la mesa. El fuego se expandió hacia las sillas, las cortinas. Quemó la casa. Los conjuntos vacíos se replegaban. Querían salvarse. El incendio se extendía hacia el vecindario.

Llegaron los bomberos, funcionarios del gobierno, voluntarios alquimistas. Todos podían nada. Se declaró alarma nacional.

Las alfas, ahora reproducidas, brotaban desde las llamas.

Por internet corrió la noticia, de que una ecuación se había revelado. La asociación de científicos hizo una reunión cumbre para tratar un plan de lucha.

Las organizaciones ecologistas pedían por el culpable. Los liberales peleaban con los anarquistas. Los paréntesis huían. El mundo entero se derrumbaba ante el incendio.

Llegó el troyano en su caballo. Extinguió las llamas poniendo límites de acción. La igualdad fue restablecida. Los términos recuperaron sus derechos, y las familias de ecuaciones, que se habían desbordado, regresaron a sus orígenes.

Entre las tablillas de la persiana blanca americana, se filtraban los primeros rayos de sol. Rebotaban en la botella vacía de vino para terminar en la cara de Pablo, que descansaba apoyada de perfil, sobre la mesa. Despertó con la sien arrugada. Dolorido, quizás, por la resaca. Enderezó la espalda en la silla. Observó el cuaderno. Leyó la hoja escrita en donde estaba abierto. No se detuvo en la punta del papel chamuscado por el último cigarrillo no apagado de la noche. Borró lo que sobraba, la letra alfa. Aplicó a la ecuación un "límite tendiendo a infinito".


Se puso de pie. Estiró los brazos para desperezar la espalda. Parado frente al espejo del placard, exclamó un *ah*, como si estuviese orgulloso por la modificación. Caminó hacia el baño. Lo verdadero ya no era utópico. ¡Qué importa Russell o Einstein, el resultado es mío!, expresó a los gritos. Sin dudas que lo atormentaran, se lavó la cara.

Decidió por una ducha rápida, para refrescar el cuerpo. El examen final de álgebra, lo esperaba en la facultad a las ocho de la mañana. Tenía cincuenta minutos de tiempo. Aprovechó para afeitarse. Luego se iría caminando altivo las diez cuadras.

Por última vez, antes de abrir la puerta de calle para irse, repasó en el cuaderno su ecuación triunfante. Una sonrisa de seguridad brilló entre sus labios.

Salió de la casa, y al estar cerrando la puerta, sintió que la letra alfa resurgió de las cenizas, y se abalanzó directo a su cuello. Lo apretó con las dos patas. Giró en sí haciendo un torniquete, y gritó: ¡Nadie me borra! ¡Nadie!

iMuchacho, te vas a ahorcar!, dijo un abuelo que pasaba caminando.
Pablo se estaba ajustando en exceso, la bufanda al cuello.



*1º edición del concurso
"Grandes Autores, Relatos Cortos"
- Finalistas -*

El Carquero

Susana Inés Calabria

La primera vez que vi a Elena, era primavera. Estaba sentada en el banco del andén de la estación balanceando sus piernas. Nos dijimos los nombres y desde entonces nos entendimos con pocas palabras y algunos gestos. Yo aprendí que cuando el carro tirado por el alazán estaba atado al palenque del almacén de Ramos Generales, Elena me estaba esperando en el banco del andén de la estación. Su papá, la traía cuando venía a buscar los insumos para la estancia donde era puestero. Éramos de la misma edad y la misma altura.

Elena tenía ojos negros y cabello grueso, que su mamá recogía en una única larga trenza entretejida con una cinta de colores, emanaba el olor del fuego de leña y grasa rancia de la cocina dormitorio que era su hogar. Bastaba que una empezara a girar tomada de una columna de hierro del andén, para que la otra la imitara, girábamos y girábamos hasta que nos volteaba el mareo. Caminábamos haciendo equilibrio sobre los rieles o tomadas de los hombros, saltábamos en un pie, de durmiente en durmiente. La trenza de Elena acompañaba rítmicamente cada salto, cada giro, cada movimiento de su cabeza. Yo envidiaba la trenza de Elena, mi pelo era fino y no sostenía ni un simple

moñito. Juntábamos flores o piedras y cortábamos pasto para el alazán al que rescatábamos de su aburrimiento.

Yo siempre me adelantaba, pero el caballo esperaba a Elena que se aproximaba lentamente con los brazos hacia atrás escondiendo el manajo, entonces, el alazán extendía el grueso cogote y pasaba lentamente la enorme cabeza por sobre el hombro rozando muy suavemente con la oreja la mejilla de Elena, que hacía un gesto de placer. Yo hubiera dado cualquier cosa por sentir en mi cara esa caricia de sus cerdas que me imaginaba cálida y áspera.

Al final de la tarde, ya agotadas, nos sentábamos en el banco, mirando hacia el oeste, esperando el paso del tren carguero, aparecía un punto negro que crecía y tomaba la forma de una locomotora que se agigantaba envuelta en humo oscuro y vapor blanco.

Antes del paso a nivel, lanzaba su silbato agudo y prolongado, coronado, de otro pequeño, (piiiiiiiiiii pip) después, todo comenzaba a vibrar: el suelo, el banco y nosotras mismas. Cuando al fin pasaba frente a la estación con toda su potencia de hierros crujiendo, nos envolvía hollín, polvo, vapor, el olor del carbón y el calor de la caldera, los vagones la seguían balanceándose, sumando su propio estruendo, por último el furgón de cola, que se iba alejando rápidamente perdiéndose hacia el horizonte del este. La estación volvía al silencio, el polvo se asentaba lentamente y a mí me invadía una sensación de congoja que no comprendía y que más tarde se convertiría en mi eterna fiel compañera. Pasó el verano y el otoño y llegó el invierno. No había flores que juntar y solo pasto seco para el alazán.

Los sabañones de las manos de Elena no le permitían girar en las columnas y su olor de madera quemada y grasa rancia era más intenso. Se iba temprano, antes que pasara el carguero. Tal vez por el frío de ese día, su papá tomara más ginebra que de costumbre. Cuando en la soledad de la llanura una serie interminable de pitadas cortas, (pi pi pi pi pi pi pi) resonaron en el silencio de un día sin viento, los contados vecinos del poblado, corrimos al paso a nivel. Mi

madre, sin poder alcanzarme, me suplicaba que regresara. Yo iba saltando sobre los durmientes que tan bien conocía, hasta enfrentarme al imponente monstruo negro, que resoplaba inmóvil. A su lado, entre maderas rotas, el alazán pataleaba agonizante, pero ni el ruido del estallido de su cráneo, por el escopetazo de remate, pudo hacer que quitara mis ojos de los rayos quebrados de la rueda del carro, donde había enredada, una trenza de grueso pelo negro entretejida con una cinta de colores.

Ella, Rosaura

Baldomero Manuel Sánchez

Había venido a la fiesta un poco forzado por la insistencia de Miguel y de Adriana. Desde el trágico accidente que se llevó a Rosaura, se había encerrado en su casa de Hurlingham sin querer ver a nadie. Pero luego de muchos meses de permanecer alejado de todos, finalmente había cedido a lo insistente requerimientos de la pareja. Miguel y Adriana Rosales festejaban un nuevo aniversario de su boda y no le pareció cortés desairarlos. Después de todo -se dijo- alguna vez tenía que reintegrarse al mundo y la ocasión era tal vez la más apropiada; el matrimonio Rosales había sido fiel amigo de Rosaura.

Pero, eso sí -se dijo- permanecería en la reunión el menor tiempo posible. Estaría, digamos, una media hora y luego, sigilosamente abandonaría la reunión. Eso estaba decidido. Cumplir e irse. El destino tenía otros planes para él.

Conoció a aquella mujer extraña, que le presentaron como parienta lejana de no recordaba quien, y de pronto, sin saber cómo ni por qué, se encontró bailando con ella en la amplia terraza de la casa junto al río que fluía, denso y mercurial, bajo la enorme luna de febrero. "Las noches de El Tigre tienen esa cosa un poco mágica", se escuchó decirle a la desconocida, que sonreía aprobando sin comentarios su evidente cursilería.

A la terraza llegaban los rumores de la fiesta, cada vez más lejanos. Pronto pareció que estaban solos en el mundo. Se hablaban sin palabras, solo mirándose. Bailaban lentamente, como en un sueño.

Entonces él notó, por primera vez, que bajo la incierta luz de la luna, la desconocida se parecía extrañamente a Rosaura. Es raro -pensó- cuando la vi por primera vez no lo había notado.

Quiso recordar quien se la había presentado y como le había dicho que se llamaba, pero ahora no podía precisarlo. Juzgó que hubiera sido descortés preguntárselo y esperó que la conversación arrojara a la orilla, como esos restos que llegan a la playa con la marea, nombres y circunstancias que lo aclararan todo. Mientras tanto se sentía plenamente feliz bailando y hablando con la desconocida. En un momento dado, se sorprendió a sí mismo, llamándola Rosaura, un nombre que hacía muchos meses que no pronunciaba en voz alta. La desconocida no pareció extrañarse y volvió a sonreír enigmáticamente.

Fueron los últimos en retirarse de la fiesta. Miguel le recomendó el camino más apropiado para llegar a la ruta, entre otros comentarios banales. Se sorprendió de que en ningún momento hiciera referencia alguna a su ocasional compañera, como si no notara su presencia. Es más, cuando dijo que la acompañaría a su casa, le pareció notar cierto aire de extrañeza en Adriana, como si no supiera bien a quien se refería. Pensó que la mujer, que había sido íntima de Rosaura, desaprobaba lo que imaginaba un devaneo amoroso.

Ahora estaban en la ruta. Los faros del coche convocaban a un enjambre de insectos que se estrellaban con un chasquido seco contra el parabrisas, los árboles se deslizaban raudamente a los costados del camino, creando un vertiginoso túnel de luz. Una noche como ésta –pensó el hombre–, había perdido para siempre a Rosaura. Nunca pudo recordar precisión como había sido el accidente. Despertó en el Hospital de Emergencias y Rosaura ya no estaba. Así de simple y brutal.

La desconocida dijo algo que no entendió bien. Al girar la cabeza para pedirle que repitiera sus palabras, entrevió una masa de luz que avanzaba amenazante contra el coche. Luego, un pavoroso estruendo, luego nada.

El camión pudo frenar varios metros más allá

Despertó bañado en sudor, gritando sin sonidos en la lechosa claridad del amanecer, que ya se filtraba por las persianas. Rosaura, a su lado, respiraba profundamente, sonriendo entre sueños quien sabe qué.

Acaso un viaje

Stella Alvarado

- ¿Hacia dónde viaja el señor?

- No lo sé –respondí- Solo quiero irme de aquí.

Partir siempre, salir de aquí: sólo así puedo alcanzar mi meta.

- ¿Conoce, pues, su meta? –preguntó él.

- Sí –contesté- Lo he dicho ya. Salir de aquí, ésa es mi meta.

Franz Kafka, de *La partida*

I - Agité mis brazos, abrí y cerré los ojos intentando despojarme de los restos brumosos de la ominosa pesadilla. Semidormido, busqué a través de la ventana una señal que me permitiera saber dónde me encontraba. Una penumbra de paisajes cambiantes y luces huidizas provenían de un imprevisto exterior que no lograba reconocer.

Identifiqué el rítmico movimiento familiar de un tren que con agudos silbidos cruzaba extensos campos yermos. Del bolsillo de mi chaqueta asomaba un pasaje con destino a Mar del Plata. Respiré aliviado por la certidumbre de saber dónde me encontraba y hacia dónde iba. Pero al advertir que no había salido de la ciudad este último tiempo y que no tenía por costumbre viajar en tren, un incontenible estremecimiento recorrió mi cuerpo. Además, otro detalle hondamente perturbador: yo era el único pasajero de ese vagón.

Desconcertado,forcé las más recientes escenas de mi memoria buscando una causa lógica al suceso de encontrarme en un lugar inesperado. En el intento de lograr una respuesta que se ajustase a una explicación inteligible y simple, lo último que recordé fue una llamada telefónica a Luisa la noche previa a encontrarnos en un café cercano a la Rambla. Combinamos para ir después al teatro Luxor donde veríamos una remake de Jorge Donn: Nijinsky, Clown de Dios. En esa instancia anclaban mis recuerdos.

Las mortecinas luces del vagón se habían apagado. El exterior proyectaba la mezquina luz de una luna menguante. Hurgué en mis bolsillos buscando el encendedor para iluminarme.

El tren cruzaba una zona despoblada. Me incorporé vacilante por el vaivén de la marcha, sorteando los asientos en procura de encontrar una salida hacia otro lugar. La búsqueda tuvo sus frutos: mis dedos reconocieron el pomo de una puerta a través de cuya ranura se vislumbraba una delgada línea de luz. Al acercar mi oído logré percibir un rumor de música y voces apagadas. Me tranquilizó pensar que tal vez había otras personas en el siguiente coche. La incertidumbre era incontenible; no obstante, titubeando empujé la puerta que al abrirse me mostró un ámbito similar al anterior: oscuro, vacío, silencioso.

Quise regresar al vagón que de alguna manera me resultaba familiar. Al intentarlo, encontré la puerta herméticamente cerrada. No había otra alternativa que seguir adelante.

II - Creo haber recorrido un número infinito de vagones oscuros cuya única constante parecía ser la inexistencia de pasajeros. La soledad y el cansancio me vencían. Transpuse otra puerta decidido a descansar en el siguiente vagón. La tenue luz de una lánguida lámpara iluminaba débilmente el espacio de un coche-comedor. En una mesa yacía un libro de pequeño formato, El Baphomet, de Pierre Klossowski, una bandeja con sándwiches y una taza de café. Supuse que estos elementos pertenecían a alguien que, por algún motivo para mí desconocido, se había ausentado momentáneamente. Esperé unos minutos considerables y al no percibir la llegada de nadie, disfruté de los sándwiches y el café y guardé el libro en uno de mis bolsillos. Luego, por temor a que entrase un camarero y me sorprendiera usurpando el lugar, decidí girar un nuevo picaporte para encontrarme con la réplica de mi trayectoria anterior.

Dominado por una gran fatiga descarté el miedo, la incertidumbre y los interrogantes y caí abatido en la primera butaca que encontré a mi paso.

Mis dudas y temores se disiparon al momento en que me volví hacia la pared del camarote para quedar profundamente dormido.

III - Desperté con una molesta sensación de irrealidad. Las luces del amanecer me encontraron interrogándome sobre la extraña situación que tanto me angustiaba. Los vagones y camarotes que había recorrido estaban desiertos. Aparentemente, yo era el único y solo pasajero de ese tren fantasmal al que no recordaba haber ascendido.

En el momento que encendía mi primer cigarrillo del día, un hombre corpulento vistiendo uniforme y gorra gris ingresó abruptamente al vagón. Con un gesto de su mano me indicó que le entregara el pasaje. Al dárselo, lo interrogué acerca del día, la hora y el lugar por el que cruzaba el tren. Se señaló la garganta, movió labios y mandíbulas, pero no emitió un solo sonido. Cuando me devolvió el pasaje le hice un inútil gesto de agradecimiento con la cabeza y me limité a mirar por la ventanilla.

En la lejanía reverberaba el ladrido de un perro.

Permanecí sentado, sumergido en una inconcebible dimensión donde el concepto tiempo y espacio no tenía significado alguno.

Esperaba, impaciente, que llegara algún nuevo visitante -un vendedor de café o gaseosas u otro pasajero- que me ayudara a comprender esta situación que no se asemejaba a nada anteriormente experimentado.

La imposibilidad de comunicación con el guarda, la ausencia de pasajeros o de alguien con quien dialogar, los paisajes sombríos, desolados que observaba por la ventanilla y esta parodia de viaje sin sentido, me ocasionaban una intensa desazón.

Nadie llegaba.

La sombra de un pájaro dibujó su silueta en los durmientes.

La opresiva atmósfera, me impulsó a caminar una vez más. En esa insensata peregrinación encontré un toilette tan impecable que parecía no haberse usado nunca. Refresqué mi rostro en el lavabo que había en un rincón y bebí con avidez el agua fresca. Quedé con los ojos cerrados un largo rato deseando saborear un café.

Busqué un lugar cómodo donde instalarme. Otro vagón. Me senté con el libro de Klossowski entre mis manos, dispuesto a leer y así despojarme -aunque fuese brevemente-, de esta extraña dimensión que deformaba mi geografía mental. Entrecerré los ojos para concentrarme mejor en el comienzo de la lectura. Al abrirlos, descubrí frente a mí una taza de humeante café junto a una pequeña bandeja con medialunas. Me sorprendió el hallazgo. Al meditar sobre ello, deduje que alguien tenía que haber entrado mientras yo estaba con los ojos cerrados. Sin vacilar ni cuestionarme el origen o destino del inesperado desayuno, comí, bebí el café y encendí un nuevo cigarrillo.

El libro quedó en un ángulo de la mesa, postergado.

Mi angustia y desolación iban in crescendo. Además, y por primera vez desde que había comenzado nuestra singular relación, extrañaba a Luisa. Al evocarla, me sorprendieron los planos de su figura en mi mente, superponiéndose en una lenta parodia de descorporización.

Un desaliento opresivo, asfixiante, me desbordó, impulsándome a desplazarme una vez más. Recorrí otra secuencia de vagones todos desiertos, en busca de una puerta, una salida que me condujera hacia una realidad concreta, comprensible.

Sólo quería alejarme, salir de ahí, de esa abominable contradicción.

Me preguntaba si en algún momento el tren se detendría. Los vagones y camarotes que había atravesado me parecían innumerables. Al mismo tiempo pensé que tal vez estaba deambulando por los mismos lugares en una suerte de laberíntica reiteración.

Paradoja. No encontraba respuestas para salir de este intolerable túnel errático del que parecía no haber escapatoria posible.

Mientras vagaba sin interrupción en lo que parecía ser una dirección única -y acaso lo fuese-, escuché nítidamente el traqueteo del convoy. Inferí la cercanía de la locomotora.

El tren aminoró la marcha y se detuvo. Mis esfuerzos desesperados por abrir la puerta de un pasillo para descender fueron infructuosos. Las ventanillas, eran un sello hermético.

Finalmente, el siniestro tren reanudó la marcha conmigo en su interior. Ignoro si alguien bajó o ascendió.

IV - Quise creer que acaso este viaje no existía, que era producto de mi fantasía, o bien, que estaba dormido y una pesadilla dominaba mi sueño. Pero mis sentidos latentes demostraban que estaba despierto. Ante esta insólita metamorfosis de la realidad, mi frustración rompía las fibras de una cordura que insistía penetrar en algún lugar de mi mente. Un lugar que se negaba a ser explorado.

El atardecer declinaba.

Sentado en un nuevo coche-comedor -o tal vez fuese el mismo de la noche anterior-, con la mirada perdida, fija en el exterior, creí percibir luces a lo lejos y la forma imprecisa de un pueblo, pero la niebla que bordeaba los flancos de las vías me impedía definirlo con precisión. Si fuese un pueblo o una ciudad pequeña -pensaba-, tendría que haber una estación y allí el tren se detendría. Pero nada de eso ocurrió.

Quise retomar la lectura de El Baphomet para dejar en suspenso mi impaciente búsqueda de respuestas lógicas; al mismo tiempo y de manera imperceptible pero inminente, me invadió la sospecha de que tal vez esas difusas luces y las sombrías casas habían sido un espejismo.

Mientras intentaba aclarar mis ideas, inesperadamente, por la misma puerta que yo había franqueado, irrumpió una joven mujer de larga cabellera rubia e inquietantes ojos verdes. Un chal negro, muy amplio, caía de sus hombros.

Con una seguridad un tanto presuntuosa se sentó a mi lado sin pronunciar palabra. A esta altura del viaje yo no estaba para amabilidades, así que comencé a interrogarla bruscamente acerca de quién era, de dónde venía, dónde ascendió, al tiempo que la tomaba por los brazos y la sacudía sin delicadezas. Me miró con una tranquilidad lindante en la displicencia y dijo -Perla-. Desconcertado, sin saber si ese era su nombre o un sustantivo dicho al azar, aflojé mis dedos y me sentí más impotente que antes de su aparición.

Traté de recomponerme. Me senté frente a ella para observarla con mayor atención. Indudablemente, era muy bonita. Un esbozo de sonrisa jugueteaba continuamente en sus rosados labios. Interiormente, me sentí reconfortado ante su presencia por la seguridad que me ofrecía la cercanía -transitoria tal vez- de otro ser humano.

Recostado en el mullido asiento quedé dormido, sin pensamientos, pesadillas, ni sobresaltos.

V - Cuando desperté La Extraña aún estaba frente a mí, dormida. Al recorrerla con la mirada noté que en sus facciones se habían producido unas variaciones apenas perceptibles. Si bien su rostro seguía siendo armonioso, sus rasgos lucían un tanto desdibujados. Despertó y comenzó a pronunciar algunas palabras que, a veces, se reducían a simples monosílabos en respuesta a mis preguntas. Más no siempre me fue posible entender lo que decía.

Para mi sorpresa el tren pasó por una estación, aunque sin detenerse. Escindida la lobreguez nocturna por la luz de un incipiente amanecer se podía sospechar la existencia de un poblado. La continuidad de la marcha no me inquietó demasiado ya que mis pensamientos se dirigían hacia otra necesidad más profunda: recuperarme de mi estado de extrema confusión.

Realizando un esfuerzo mental extraordinario logré alcanzar un nivel de apacible aceptación de esta inédita realidad

La compañía de La Extraña tenía un efecto sedante sobre mis sensibles nervios. Una sensación de placidez total se apoderó de mí y así, casi siempre en silencio, compartí el viaje con la misteriosa mujer. Una serenidad que no experimentaba desde hacía mucho tiempo me fue envolviendo. A ratos dormitaba o simplemente me quedaba con los ojos cerrados; otras veces, mis ojos deambulaban por la inmóvil figura de La Extraña. Y volvía a dormirme. Desconozco cuantas horas se sucedieron. Al llegar la noche, ella ya no estaba.

Me aferré a la esperanza de un posible -aunque improbable- regreso. A medida que las horas se esfumaban, paradójicamente, crecía un sentimiento de nostalgia por La Extraña, esa mujer a quien no había comenzado a conocer.

En tanto pensaba en la efímera y enigmática compañera de viaje, el tren redujo su velocidad hasta detenerse, esta vez sin indicios de continuar su impetuosa trayectoria.

Me acerqué a la puerta de salida dudando si ésta se abriría. Temblando, mi mano logró que el picaporte cediera al primer intento. Al pisar el andén en penumbras un viento frío fustigó mi rostro.

Caía una tenue llovizna en la noche impenetrable.

Esforcé la mirada buscando una referencia que me indicara con certeza a qué lugar había arribado.

Ya en la calle, el repentino estallido de un relámpago fragmentó la oscuridad. Una pausa. Otro fulgor reverberó en la noche.

Ante mis ojos se reveló la imprecisa arquitectura de una ciudad desconocida.

Un lejano reflejo desplazado en el aire iluminó una silueta.

Sonriente, envuelta en su negro chal, aguardaba La Extraña.

Las cenizas de mi boca

Emilio Núñez Ferreiro

La página que contiene el cuento se ha ido completando. Falta acaso algún detalle y algo de capital importancia: el título.

Mientras rumia esas dos cosas, el hombre que escribe deja de jugar con la lapicera y enciende un cigarrillo. Lo sostiene en su boca con indiferencia, en el ángulo izquierdo, donde los labios se juntan en un rictus de desdén.

Duda de cómo terminar el escrito y tararea un tango. Al hacerlo, el cigarrillo se asemeja a una batuta que puntualiza la pronunciación de cada sílaba.

Desde la cárcel de sus dientes se asoma el cono rojizo de la lengua, con ella moja los labios, y hace deslizar el cigarrillo hacia el centro de la boca.

Un pertinaz viento se señorea fuera de la casa y la ventana se ha empeñado en no dejarlo entrar.

La impertinencia de un bostezo lo advierte de su hastío. Los labios se alejan uno del otro, de tal forma que el cigarrillo, pendiendo apenas del extremo del filtro y adherido al labio inferior, parece un náufrago a la deriva con su carga de cenizas prestas a caer.

Deja la lapicera en un costado. Lleva el cigarrillo hacia el cenicero de bronce y deja caer las cenizas. Vuelve a mojarse los labios, y regresa a la boca lo que queda del cigarrillo, pero sosteniéndolo con el índice y el pulgar.

Absorbe en forma tal, que la voracidad de la brasa avanza hacia los labios, casi hasta llegar al límite del filtro. Mientras aplasta la colilla en el cenicero, el humo busca el confín del cielo raso.

El viento ha ganado la pulseada y la ventana cede. Al fin, la disparatada ráfaga tiene el espacio que pretendía y la insolencia de vaciar el cenicero sobre el último renglón.

El hombre, lentamente, levanta la hoja, la aparta del escritorio y sopla el deyo de cenizas que se empeñan en quedarse sobre las últimas palabras, pero ahora sonrío. Luego apoya la esquila sobre el escritorio, toma la lapicera, la lleva hasta el espacio vacío donde el bastardo cuento aguardaba un nombre, y con letra redonda y holgada, escribe: "Las cenizas de mi boca".

Los Letrívoros

Amadeo Belaus

Quiero contarles mi gran descubrimiento después de meses de investigaciones profundas. Todo comenzó un día cuando noté que faltaban algunas vocales a muchas de las palabras que había escrito el día anterior para mi cuento "El ombú sin sombras". Aún hoy no pude terminarlo, justamente por la falta de esas vocales y por las averiguaciones y consultas que debí hacer para llegar a descubrir y conocer a los letrívoros.

Cuando aquel día quise continuar con el cuento, noté que faltaban letras y no era yo quien se había olvidado de escribirlas. ¡Habían desaparecido! Alguien o algo las había borrado. También descubrí que algunas palabras largas como "cumpleaños" o "contundente" habían sido cortadas o rotas o separadas en sílabas y se leían: "Cumple años", o "con tun dente". Además encontré otras sin una consonante y el significado era otro: pensar – penar, viernes – vienes, externo – eterno y así era imposible leer el cuento.

Preocupadísimo, revisé todo el texto y sólo en las últimas hojas, faltaban vocales, ciertas consonantes y encontré varias palabras rotas. "Prefieren la tinta fresca", pensé y me entusiasmé por la deducción y me pregunté: "¿Qué pasó?, ¿Quién se comió las letras que faltan?, ¿Quién destrozó tantas palabras?" y seguí pensando respuestas.

¡Ya sé!, dije más tarde y escribí en un papel: mandamiento, estantes, conciencia, lamentos y muchos otras y dejé la hoja sobre la mesita en el dormitorio y fui a dormir. No pude descansar porque pensaba en el misterio de las letras faltantes. Pasé horas desvelado y al fin, agotado, dormí. Bien temprano me levanté y corrí para leer el papel dejado la tarde anterior. Sorprendido y desconcertado pude leer: "mand mient, s ta tes, con ciencia, la mn tos y muchos otras, con significados cambiados, rarísimas, desconocidas o letras sueltas.

“Buscaré y encontraré al culpable” pensé y comencé a imaginar un plan maestro. Siempre me gustaron los cuentos policiales donde el detective triunfa. “Yo hallaré a quien roba o se come las letras de mis escritos”, grité esperanzadísimo. Ese día a la tardecita, reescribí las palabras falladas del cuento y dejé las hojas sobre la mesita. Con la luz encendida, me acosté para hacerme el dormido. Pasada la media noche pude ver a seis u ocho papelitos levemente coloridos, de casi un centímetro de ancho y de tres a cinco de largo, que avanzaban moviéndose como lo hacen las lombrices. Me levanté y desde el borde del placard, los espiaba. Esos bichitos que parecían de papel se dirigieron hacia mi cuento. ¡Cada uno tenía mini patitas, tres ojitos diminutos, tres antenas que parecían pelitos y dos bocas, una en cada extremo! Vi cuando comenzaron a recorrer renglón por renglón. Enorme fue mi asombro al ver que cuando se retiraban, más gorditos, algunos eran de color rosado, otros verdes claro y bastantes eran celestes. Faltaban muchas letras y quedaban palabras desgarradas. Los dejé ir.

Casi todas las tardes escribía frases sueltas en un papel y lo dejaba sobre la mesita. De noche, cuando llegaban los observaba con atención. Ya me consideraba amigo de ellos. Yo los veía pero ellos no sabían de mi presencia ni que los estudiaba. Llegué a mirarlos con lupa, a escribirles en inglés, sólo con mayúsculas, palabras con pocas vocales y otros experimentos y así aprendí muchísimo de la vida y actividades de ellos. Pude finalmente confirmar que los bichitos verdes sólo rompían palabras, mientras que otros, los celestes, comían vocales y los rosados sólo se alimentaban de consonantes. Confirmé que las H, T y L mayúsculas, nunca desaparecieron: creo que se atragantarían con ellas.

Noté y anoté en mi libreta de detective que si las letras eran grandes y de trazo grueso las comían entre varios y demoraban horas en hacerlas desaparecer. Después de semanas de investigación, confirmé que siempre bajaban de la mesa por la misma pata, llegaban al piso y de allí a la puerta y se metían atrás del contramarco. Lo hacían en silencio y en fila.

Otros días me divertía escribiendo palabras con faltas de ortografía o renglones completos con la misma vocal o de efes que tanto les gustaban. Ellos llegaban y se comían todo. Primero las efes. Una tarde dejé la hoja en blanco, sin letras. Ellos llegaron y “discutieron fuerte” y de inmediato, enfilaron hacia mis libros. Entraron a tres. Los dejé actuar y casi al amanecer se fueron. Abrí los libros y estaban arruinados: faltaban letras y había palabras destrozadas. Desesperado, pensé: “Tengo que matar a mis amigos”, pero no me animé.

Consulté con profesores, con biólogos, en libros de zoología, en Internet, escuché radio, miré TV y así pude descubrir que existían los letrívoros, animalitos invertebrados, delgados como el papel, que no son carnívoros ni herbívoros, que sólo se alimentan con letras y que hay dos sub-especies: los consonívoros y los vocalívoros. Contento con mi descubrimiento, comencé a imaginar cómo destruirlos, ahuyentarlos o hacerlos desaparecer, para salvar mis cuentos y mis libros.

Días después se me ocurrió una idea genial. Les rociaría polvillo de gomas de borrar. Así lo hice y confirmé su efectividad. No regresaron. Ahora puedo terminar mi cuento “El ombú sin sombras” y dormir tranquilo.

Ya saben, si descubren que en sus libros o cuadernos faltan letras o aparecen palabras rotas, son los letrívoros. Con sólo esparcirles polvillo de gomas de borrar, los ahuyentarán. Así lo haré, si reaparecen hambrientos.

Reconocimientos y compensaciones

Germán Marcos Krebs

El bar tiene la tranquilidad de la siesta. El sol destaca la mugre del vidrio y se refleja en la mesa, molestando un poco al leer el diario.

El mozo me comenta:

— Un señor preguntó ayer por usted y dijo que volvería hoy.

Un rato después, mientras leo las noticias policiales, adivino una silueta que se sienta enfrente de mí.

Bajo el diario y veo a un tipo que no conozco y me dice:

— Hola Ernesto ¿Cómo te va?

Busco en mi memoria y no encuentro esa cara. Tartamudeando contesto:

— Hola... no te ubico...

— Recordá. Hace nueve años, cerca del puerto, invierno, lloviznaba.

— Sigo sin ubicar.

— ¿No te asaltaron y te robaron en la calle?

— Si.

— Bueno, yo soy el ladrón.

La sorpresa me paraliza por un instante.

— Me llamo Juan, soy el que te asaltó. No te asustes. No te preocupes. No te voy a hacer nada. Eso fue hace mucho tiempo.

Preocupado e incómodo pregunto:

— ¿Qué querés? ¿Para que me buscaste?

—Yo te hice daño. Pagué con la cárcel cuando vos me identificaste. Ya estoy en paz con la justicia, pero no con mi conciencia.

— No entiendo ¿Qué querés de mí?

— Te quiero compensar. Te robé ochocientos pesos. Con la inflación hoy serían más de dos mil. A mí me está yendo muy bien en lo económico. Te traje esto para devolverte la plata; la malasangre no te la puedo reparar.

Saca un paquete y dice:

— Hay diez veces el valor de lo que te robé; veinte mil pesos.

— No sé, es rarísimo... no sé qué pensar.

— No pienses nada, es una compensación. ¿Me perdonás?

— ¡Qué se yo! La verdad es que el dinero me viene muy bien.

— Bueno. Ya está. Te invito a un café. Tal vez, si me perdonás, podemos llegar a ser amigos.

— No sé; todo es posible.

Pasaron un par de días y estaba leyendo el diario en la misma mesa del bar.

Otra vez alguien se sentó enfrente de mí. Pensé que era Juan, el ladrón.

Bajé el diario y me encontré con un desconocido, de traje.

— Soy el comisario Roldán — dijo, mientras me mostraba una credencial.

Antes de que me pudiera reponer agregó:

— Me tiene que acompañar.

— ¿Por qué?

— Usted pagó su deuda en una casa de electrodomésticos con dinero robado en un asalto a un banco. Asalto a mano armada, que dejó dos muertos. Tendrá que tener una explicación convincente.

Pasaron varias horas en la comisaría y aún seguía atontado, después que el cajero del banco creyó reconocirme como uno de los asaltantes.

Cuando llegó el fiscal traté de explicar, contando la pura verdad. La respuesta del fiscal me congeló:

— Aunque yo le crea, hay testigos que lo vieron tomando café con Raúl Sánchez, el jefe de la banda, que está prófugo. Los testigos vieron que Sánchez le entregó un paquete en el bar. Si nos ayuda a encontrar a su jefe, tal vez le consigamos quince años en vez de perpetua.

Uno de ventaja

Osvaldo Mario Gazzola

Un excelente tirador- sentenció el comisario mientras trataba de doblar con esfuerzo su pesada humanidad ante el cantero de petunias, para apreciar de cerca el certero impacto de bala.

Luego caminó en línea recta desde el fondo del jardín hasta la vereda de enfrente, dando grandes zancadas, en grotescos pero calculados y simétricos movimientos, para tratar de medir la distancia. Se detuvo un instante en el lugar desde donde -no tenía ninguna duda- había partido el mortal disparo y volvió con pasos cortos, arrastrando despreocupadamente los pies y con las manos hundidas en los bolsillos de su gastado impermeable.

-Unos 30 metros... – calculó en voz alta.

-¡Qué puntería el hijo de puta! Un solo tiro y justo en el corazón- acotó el sargento ayudante, siempre presto a colocar signos de admiración a las opiniones de sus jefes.

Otros tres suboficiales, que habían recorrido las casas linderas en búsqueda de testigos, reportaron que nadie del vecindario había visto nada extraño, ni oído disparo alguno.

-Entonces acá no hay más nada que hacer, no vamos a encontrar ninguna pista- vociferó el comisario, mientras palmeaba la espalda del médico legista, quien tampoco había hallado ningún indicio revelador.

-¿Y qué vamos a hacer, señor?- interrogó desconcertado el sargento ayudante.

-Acá nada. Habrá que revisar bien los archivos, buscar a quienes mandó tras las rejas y que ahora estén en libertad..., entre éstos tiene que estar el asesino. Lo debe haber esperado cuando salía para la jefatura y ¡pum! Un trabajo perfecto- comentó el comisario, mientras se frotaba las manos para desentumecerlas.

-¡Seguro, seguro! Fue obra de un profesional- apuntó con su tono servicial el sargento ayudante.

-Fue un disparo certero. ¡Un tirador de puta madre!- exclamó el comisario y se agachó nuevamente sobre el cantero de las petunias, donde yacía la víctima, para cerciorarse de que la bala, efectivamente, había perforado el corazón. Aprovechó para arrancar la única flor que mantenía incólume su color azul-violeta en medio del charco de sangre y se la colocó en el ojal del impermeable.

-Ya pueden retirarlo. No escucharon al señor comisario. Acá no tenemos más nada que hacer. ¡Vamos, vamos! ¿Qué esperan?- se envalentonó el sargento ayudante ante dos cabos enfermeros que aguardaban pacientes, camilla en mano, la orden de trasladar el cadáver.

-Vaya usted en el patrullero. Yo prefiero volver caminando, quiero despejarme un poco... ¿Me entiende?- se excusó el comisario.

-Claro que lo entiendo señor, sé lo que debe sentir en estos momentos. No solo era el jefe, sino que ustedes eran amigos ¿no?- se animó el sargento ayudante y estiró su mano derecha en un inconfundible gesto de condolencias.

-Somos, mejor dicho fuimos de la misma camada. Trabajamos juntos en muchos casos famosos. ¿Recuerda aquel asesino que el periodismo bautizó como "el loco de la ruta"? Ése que despellejaba prostitutas y las colgaba en los postes de las señales de tránsito. Bueno, el caso lo resolvimos entre los dos. Nos llevó como cuatro meses de investigación, pero al fin pudimos mandar preso de por vida a ese loco- relató mientras su interlocutor continuaba con la mano extendida y asentía con rítmicos movimientos de cabeza.

-Sí, sí, me acuerdo..., si hasta salieron sus fotos en todos los diarios y les dieron un ascenso- contestó el sargento ayudante sin saber qué hacer con su mano que mantenía estirada a la espera de la diestra del comisario.

-No, por ese caso solo recibimos felicitaciones. No quisieron darlo a conocer a la prensa porque "el loco de la ruta" resultó ser un comisario que se chifló cuando descubrió que su mujer le metía los cuernos con cuanto tipo se le cruzaba en el camino. El ascenso lo ganamos cuando terminamos a tiros con la banda del rengo Joselito, el terror de las transportadoras de caudales.

-¡Ah! Perdone señor, me confundí- acotó con vergüenza el sargento ayudante.

-El bajó a cuatro, incluido al rengo Joselito. Y yo, a tres. Por ese caso lo designaron jefe de Homicidios y a mí subjefe. Todos los miércoles, en las prácticas de tiro en el polígono, me recordaba aquel tiroteo. Siempre hacía bromas con que me llevaba uno de ventaja. Era un excelente tirador..., el jefe también tenía una puntería de la gran puta ¿sabe?- completó.

Los dos cabos enfermeros colocaron el cadáver en la ambulancia, que partió de inmediato a toda velocidad, seguida por el patrullero al mando del sargento ayudante. Los vehículos se perdieron rápidamente en el fondo de la calle y el comisario se fue caminando despacio, con las manos enfundadas en los bolsillos de su impermeable, desafiando una fría llovizna que anunciaba la llegada del invierno.

Llegó hasta el paseo costero y se dirigió hacia el extremo de un antiguo y solitario muelle de pescadores. Se dejó caer en un largo banco de madera, que mostraba debajo de una gruesa y tosca capa de barniz las huellas de los permanentes embates del salado viento marino. Estiró sus piernas, prendió un cigarrillo y su mirada huyó tras el vuelo rasante de una gaviota.

Cuando la colilla le quemaba los dedos y el sol hacía un tímido intento por asomarse entre los caprichosos huecos de unos negros nubarrones, se acercó a la baranda, sacó del bolsillo derecho del impermeable una Browning 9 mm con silenciador, una cápsula servida y las dejó caer sobre el hinchado vientre de una ola.

-Ahora estamos iguales- murmuró con una sonrisa de satisfacción.